



LA ECONOMIA DE LA EMIGRACION

ANTXON PZ. DE CALLEJA

Durante los últimos treinta años, Euskadi ha sido un polo de atracción emigratoria. Junto con Cataluña y Madrid, una de las áreas que ha trastornado el equilibrio demográfico del Estado. Lo peor ya ha pasado: Euskadi en todo caso se ha convertido de nuevo en tierra de emigración, como lo prueba el hecho de que llevamos ya tres años con un saldo neto negativo de movimientos de personal. Desde ahora, podemos mirar el fenómeno como parte de la historia que nos ha tocado vivir y plantearnos el problema de si un hecho —que sin duda desde un punto de vista moral y sociológico parece aberrante— era inevitable y necesario desde una perspectiva economicista.

Desde luego era necesario, si queríamos repetir los mismos procesos de desarrollo económico que había llevado a cabo el occidente europeo, transferir una gran cantidad de mano de obra de la agricultura a la industria y los servicios, aunque en el caso español la transición se hizo con una rapidez y, consiguientemente, con una brutalidad implacables. Durante la década de los sesenta, de rápido crecimiento económico, la industria y los servicios crearon 1.600.000 puestos de trabajo —cifra enorme, pero que apenas fue suficiente para dar empleo a las casi 1.500.000 personas activas que salieron de la agricultura—. Prácticamente todo el equivalente al incremento de

población activa se vio obligado a emigrar, a Europa esta vez, en cifras cercanas al millón.

Es difícil decir hasta qué punto el desarrollo económico provocó esta transformación monumental o si, más bien, las ansias de bienestar de equiparación con los estándares occidentales encontraron el vehículo del desarrollo económico para satisfacerlas. De lo contrario, es difícil entender una transformación social tan formidable y dolorosa realizada —y éste es un dato muy importante— en muy poco tiempo. En poco menos de quince años, la población agrícola pasó del 40 % del total al 20 %. En Francia este mismo proceso duró cincuenta años; por eso, a partir de los años cincuenta la emigración aparece en nuestro horizonte como un cataclismo, como una avalancha imposible de planificar con resultados tan fatales para las regiones que perdían población —el Sur, en líneas generales—, como para las que recibían esa masa incontenible —ahí está el ejemplo del propio Rentería—, cuyas formas de vida, cultura, calidad de vida, quedaban en buena parte arrasadas.

Es curioso comprobar cómo este fenómeno, profundamente injusto y regionalmente desequilibrador, se puso en marcha justamente en el seno de un Estado centralista que garantizaba el cumplimiento de la solidaridad regional y la reducción de las disparidades entre unas y otras zonas del Estado. Es lástima que sólo a la hora de negociar las autonomías, la Administración Central haya reivindicado para sí esta competencia, que a la vista de los hechos nadie recordaba hubiera ejercido.

Este modelo de desarrollo nos plantea la duda de si, además de suponer necesariamente un trasbase laboral —de la agricultura a la industria— tenía que haber representado inevitablemente el desarraigo y la emigración del campo a la ciudad. Es evidente que las tecnologías utilizadas exigen una cierta concentración espacial, que las empresas necesitan tener a mano inputs esenciales de personal cualificado y/o barato y suministros que sólo pueden darse en concentraciones industriales y urbanas. Todos los países industrializados de Europa han pasado por ese trauma en mayor o menor medida y todos ellos ostentan zonas saturadas junto con áreas deprimidas, que generalmente tienden a ser las del Sur, el Mezzogiorno, el Midi, Andalucía, etc.

Pero la transición, en su caso, fue muy larga, la capacidad de asimilación mucho mayor y, desde luego, han tratado de potenciar mediante una política regional de incentivos las zonas más deprimidas. En España, y contrariamente a lo que afirma la Administración Central, no ha existido política regional alguna; por el contrario, la falta de infraestructura y una política en extremo liberal inclinaron a los empresarios a situarse allí donde ya

existían previamente otras industrias, donde una larga tradición podía proporcionarles más rentas de situación que minimizaran el riesgo y les proporcionaran un mercado próximo. De ahí esa concentración espacial de la industria no sólo española, sino vasca (el 40 % de la población vasca vive en Bilbao y margen izquierda de la ría).

No, desde un punto de vista económico, no había necesidad de pagar este precio; tenía que haber habido, sin duda, una cierta emigración, pero lo que en realidad se produjo estaba justificado únicamente en parte por razones económicas y el resto es pura y simplemente desidia estatal, tanto para ordenar mejor el caótico entremezclamiento de urbanismo e industria, como para fomentar en las regiones desertizadas una iniciativa empresarial que desgraciadamente apenas se ha dejado sentir.

Decimos desgraciadamente porque lo que otras regiones ven como suerte o privilegio es en realidad una desgracia irreparable, de la que Euskadi sale destrozada en su urbanismo y medio ambiente, dividida culturalmente y sumida en la deriva desde un punto de vista económico. Porque la facilidad del desarrollo —la reserva del mercado interior— enmascaró nuestra vulnerabilidad y nos hizo concentrarnos en sectores que en todo el mundo han entrado en crisis. Nuestra economía tiene un porvenir muy oscuro. Para nosotros el "boom" económico se terminó y aunque fuéramos capaces de ponernos de acuerdo para reconvertir nuestra industria —cosa que hoy parece posible, pero muy poco probable— apenas si estaríamos en condiciones de dar empleo a los jóvenes y mujeres que constituyen la mayor parte de la población en paro.

Por lo menos este escenario va a hacer felices a unos protagonistas sociales largo tiempo preteridos: los urbanistas y las asociaciones de vecinos. La población no va a crecer y como sobran viviendas apenas se van a construir. Ha llegado el momento de ordenar el territorio, mejorar el medio ambiente, humanizar los barrios, corregir —ya que no arreglar— las barbaridades cometidas durante los últimos veinte años. Como no vamos a tener economía (dinero), tengamos al menos calidad de vida y desarrollemos unas formas de convivencia que compensen el vacío de los bienes de consumo. En esta época de transición, de crisis y cambio, que puede durar no menos de cincuenta años —que es lo que se va a tardar en solucionar el problema energético— el centro de gravedad de la vida va a recogerse de nuevo en los pueblos y barrios. Articular esta convivencia puede ser un desafío tan grande como fue en los sesenta el crecimiento económico.

Junio 1981